Carlos Liebknecht

Era Carlos Liebknecht, enjuto de carnes, alto, desmadejado. Al mover sus brazos parecían éstos aspas. Todas sus actitudes, su gesto, su mirada, su palabra, revelaban inquietud, desasosiego. Sustancia revolucionaria. Más que sus discursos valían sus interrupciones. Eran cortantes, precisas, donde caía el filo tajaba una mentira, un prejuicio, y la eficacia del golpe se revelaba en el desasosiego de las gentes. Su ironía, su cólera explosiva hacían reaccionar violentamente a los que le oían. En la mendaz sociedad del Reichstag, los valientes diputados de la burguesía alemana rugían cuando Liebknecht hablaba. Y más de una vez su indignación les llevó a intentar derribarle de la tribuna. Entonces no temían la amenaza de la revolución, no creían en ella. Pero este mismo instinto zoológico que hacía rugir a los profesores, abogados y sabios, era el que transplantado a la calle había de acabar con la vida del más digno y más generoso de los alemanes.

La primera vez que vi a Liebknecht fué antes de la guerra. Era en el Reichstag. Le había sido concedida la palabra. Desde su escaño se dirigía a la tribuna. En la mano llevaba unas cuartillas enrolladas. Una sonrisa crispaba su faz. Los lentes brillaban a los reflejos de la luz no dejando ver sus ojos, que eran pequeños y vivos. Un bigote negro, hirsuto, corto y crespo, y una indicación de perilla contribuían a hacer su tipo más singular. Bajó en plena conciencia de que iba a la acción, la acción siempre eficaz, a dar otro golpe a la sociedad capitalista. No recuerdo lo que entonces dijo Liebknecht, pero al evocar ahora su figura, a pesar de haberle visto en momentos más críticos y haberle hablado después en varias ocasiones, me lo represento siempre en aquel momento en que por primera vez oí su voz chillona, agresiva y desarmónica.

Este Carlos era hijo del viejo Guillermo Liebnecht, el que votó contra la guerra de de 1864 y que con Bebel sufrió prisión por protestar, frente a la Alemania en orgía, contra la anexión de Alsacia Lorena. Guillermo Liebknecht, hizo triunfar en Gotha el internacionalismo frente al nacionalismo de los partidarios de Lasalle y de Schwcizer. Y este puro espíritu internacional fué herencia de su hijo. Desde el principio de la guerra afirmó éste su actitud. Ni con unos, ni con otros, de los estados capitalistas en lucha, sí con la Internacional. Pero a él, socialista alemán, correspondía luchar contra su Gobierno. Por eso estaba frente a los mayoritarios traidores al socialismo, y cooperaba con los minoritarios de Haase, porque sin estar identificado con ellos, veía en éstos la voluntad de la revolución. Liebknecht tenía en el partido una situación especial. Era su programa de acción, de antimilitarismo y de repugnancia de la defensa nacional, demasiado radical para compaginarse con las plácidas prácticas del partido oficial. El era miembro del partido, pero no de la agrupación socialista del Reichstag. Con su amigo Ruhle, fué el primer «independiente». Con Rosa Luxemburg y Mehring publicó la revista *Die Internationale,* suspendida por la autoridad militar. El primer número, único publicado de esta revista, define la actitud de Liebknecht ante la guerra. Una actitud de intransigencia, de clára y decidida oposición. ¡Qué importan ni la victoria ni la derrota! Lo que interesa es el triunfo de la revolución social.

CARLOS LIEBKNECHT

Nació en Leipzig en 1871. Practicó la abogacía en Berlín. En 1907 fué condenado a prisión por la publicación de un folleto antimilitarista. Fué elegido diputado del Landtag prusiano en 1908, y del Reichstag en 1912. En 1915 fué destinado a un batallón obrero en el frente occidental. A consecuencia de la manifestación de 1º de mayo de 1916 fué condenado «por delito de alta traición» a seis años de presidio. En octubre de 1918 fué puesto en libertad. Murió el día 17 de enero de 1919 asesinado en las calles de Berlín por los soldados de la Guardia.

Y Liebknecht, en una tarde de Mayo, alzó sus desmadejados brazos en la Potsdamer Platz, en Berlín; y lanza el grito de rebeldía. El solo, y unos cuantos amigos suyos. Pocos. Los del partido, reprueban su acto. Y en la cárcel, dura en malos tratos, en hambre y sufrimiento, Liebknecht hace zapatos. Si no concluye su tarea diaria, el presidiario no podrá dedicarse a la lectura, no podrá escribir a los suyos, y Liebknech consigue, después de unos días de esfuerzo, dar satisfacción a las exigencias impuestas por sus torturadores, ejecutores de la justicia mandada hacer por Guillermo de Hohenzollern.

Salió de la cárcel para hacer la revolución. Porque la revolución no podía hacerse nada más que por Liebknecht. Hasta que Liebknecht no hizo oír su voz en la calle no hubo revolución en Alemania. Cuando los que le conocíamos supimos que la derrota le había abierto las puertas del presidio temimos por su vida. Sabíamos que su destino era morir en los albores de la revolución. Y creíamos esto porque apreciábamos su inmenso espíritu de sacrificio, su enorme valor personal. Pero creíamos que moriría al frente de los suyos, dando la cara a los enemigos de la revolución.

No podíamos pensar que fuera asesinado por la espalda, que fueran sus verdugos aquellos soldados que él ayudó a redimir. Ese uniforme gris alemán que se cubrió de oprobio en la guerra, se ha manchado con el crimen cobarde y vil en la revolución. Y la muerte de Liebknecht es un ejemplo de tenacidad revolucionaria. El sabe que si huye será muerto por la espalda. Pero intenta librarse de sus guardianes. Si lo hubiese conseguido hubiésemos leído al día siguiente que Liebknecht libraba nuevos combates en las calles de Berlín.

La amistad de Liebknecht con Rosa Luxemburgo, es una curiosa amistad revolucionaria. Era Rosa, la que inspiraba a Liebknecht. Rosa que nació en Polonia, que desde niña luchó en las calles de Varsovia. Rosa que presenció en Rusia la revolución de 1905, trajo a Alemania la sustancia revolucionaria tan contraria al pesado espíritu de la Democracia social de cuño germánico.

Este sentimiento faltó al pueblo alemán. Por el ansia de pan y de incredulidad ha capitulado ante el enemigo; por creer que la agitación espartaquista retrasaba el goce de la paz, ha asesinado a sus redentores. Y Scheidemann, nombre que será un oprobio en la historia del socialismo, ha comentado fríamente la muerte alevosa de Carlos Liebknecht y de Rosa Luxemburg, diciendo que

ABUNDIO SECO
Esquina Suroeste del Mercado

Ha recibido cuchillas de bolsa, cucharas, tenedores y cuchillos de mesa, todo de buenacalidad y de fabricación inglesa: Existencia de sacos de gangoche: Abarrotes y Licores: Se vende todo a precios muy bajos.

LA IDEA
FABRICA DE TABACOS

Garantizamos que nuestros productos son elaborados con los mejores tabacos del país: Dirección: Altos de la antigua Panadería Lamic, Calle Central.
J. RAFAEL PEREZ, PROPIETARIO

VERME-OL
Remedio contra las Lombrices
Sabe a Yerbabuena
BOTICA ORIENTAL
San José de Costa Rica

Carnicería Ideal

Siempre carne de primera : Legalidad en la pesa : Precios los más económicos : Situada en el Mercado.
ISAIAS GUILLEN, PROPIETARIO

MARCO TULIO OCONITRILLO
SASTRE
Surtido completo de casimires. Dirección: 325 varas al Sur del Hotel Washington.
San José, C. R.